

Cultura

J. Ors. MADRID

Durante los dos últimos años, Paco Cerdà vivió en un único día: el 14 de abril de 1931. El escritor, rodeado por los diarios de ese martes, deseaba conocer, no lo que consignaban las grandes monografías, ensayos y estudios, la Historia denominada en mayúsculas, sino el torrente de acontecimientos y hechos minúsculos que trabaron las horas en las que se proclamó la Segunda República. «Aquella jornada fue más tensa de lo que creemos o de lo que describe el relato que ha llegado a nosotros. Sin duda, estuvo marcada por la esperanza y las ilusiones, que inundaron las plazas y calles de España, pero, también se ha perdido por el camino la tensión que se palpaba en las cárceles, en las últimas cargas violentas de la Guardia Civil o en el entorno del Palacio Real. Fue nuestra revolución, aunque no se haya leído nunca así, porque los republicanos tomaron el poder con audacia y saltándose la legalidad... aunque fue una revolución necesaria». El resultado es «14 de abril», Premio de No Ficción de la editorial Libros del Asteroide, que también ha obtenido el de los librerías navarros. Una obra que conjuga la lente del periodismo con una prosa de enorme estilo literario y que profundiza con audacia en todo lo que no se cuenta de esa emblemática fecha.

Hubo muchos 14 de abril, no uno solamente.

Es un error dividir ese día entre las dos Españas, un maniqueísmo simplista. Hubo muchos 14 de abril. Y apostaría a que también muchas Españas. Estaban los monárquicos; los republicanos, que eran una conjunción diversa de sensibilidades; los anarquistas, quienes recelaban de esa república burguesa; los nacionalistas catalanes y una España rural, ignorada, que no contó su opinión, porque todo se decidía en las ciudades. El reduccionismo es la moneda corriente con la que se ha tratado aquella fecha.

¿Y qué le ha sorprendido más descubrir?

La violencia. Leí todos diarios del 14, 15 y 16 de abril. Lo hice sin leer antes ningún libro sobre esos momentos de la República, quería aprovechar la ignorancia inicial para ver qué impresión sacaba, y lo que me sobrecogió fue que hubiera tantos muertos. No están en el relato oficial esas personas minúsculas, que han quedado al

Paco Cerdà
Periodista y escritor

«Todavía impresionan los muertos que hubo aquel 14 de abril»

El autor reconstruye los hechos de ese día de 1931 en un ensayo donde narra cómo lo vivieron las personas corrientes y da cuenta del altísimo número de fallecidos que hubo

margen de la gran Historia. Esos muertos son un símbolo, y, a la vez, un gran presagio de la intensidad que marcó la jornada. No fue una revolución plácida, aunque cuál lo es. Por otro lado, presagiaba el emponzoñamiento de odio que iba a imperar durante los 30 en España. Eran los años pasados de revoluciones en toda Europa. Ese 14 de abril hubo violencia simbólica y no simbólica, por eso destaco a esos anónimos. La República acabó para ellos el 14 de abril. Para mí, eso es lo importante. Nos hemos emborrachado de banderas sobre el 14 de abril. Pero hay pocos rostros de ese día.

¿Qué nos dicen los muertos?

Que nunca se avanza de manera gratuita, que la Historia no se construye sin los sufrimientos de algunos, que todo cuesta mucho, que la espiral de caciquismos, desigualdades y analfabetismo de la España de 1931 exigía más que un esfuerzo. La pregunta que siempre me hago es: ¿compensa individualmente? Colectivamente, sí, son pasos adelante, pero hubo muchos que lo pagaron con el exilio o la muerte. El nacimiento de la Segunda República no se explica sin los sufrimientos previos. Esas muertes, aparte de subrayar el lado más humano de la jornada, prefiguran el fin de una determinada España. La muerte de Alfonso XIII como rey, la desaparición de un país caduco en su concepción, la España de la Restauración, que no da para más. Esa España anterior ha llegado a su fin y se abre a una moderna, con voluntad democrática y más parecida a Europa. Pero, claro, tantas expectativas también contribuyeron para

que después la República no contentara a todos y no colmase los ideales de las plazas y las calles.

¿Con quién empatiza o quién le despierta menos lástima?

He intentado quitarme toda venda de prejuicios ideológicos y mirar esas vidas como si fueran las de unos hermanos. Hay una cámara del Rey, que le hacía las maletas y había dedicado toda su vida a

cumplir con su deber... O la Reina. Cualquiera puede tener preferencias como forma de Estado, pero ella tenía ese día a su hijo en la cama enfermo y, a la vez, una masa vociferando alrededor del Palacio. Es complicado no tener compasión en esa clase de situaciones... pero también sientes lástima del encuadrador o la pescadera que son abatidos... Aunque ver ese día con la perspectiva de noventa años no deja de evocar en mí esta empatía por lo que podía haber sido y lo que fue para ellos.

¿Cómo ve ese brote de alegría sabiendo lo que ocurrirá?

El sentimiento sería de «saudade». Una triste alegría. El libro lo concebí con una premisa: el narrador que escribe no sabe lo que va a pasar el día 15 de abril. Pero cuando pienso en eso... lo que te queda es el sinsabor. Después de una explosión de esperanza llegó una explosión de horror. A pesar de ello, resulta interesante ver cómo se activan los botones de la utopía y qué pasa cuando un pueblo se une y genera esa capacidad de ilusión colectiva.



El autor asegura que el 14 de abril de 1931 tiene más banderas e himnos que rostros de personas

¿La Segunda República fue una utopía?

Hay como dos almas en las utopías. Se deben poner de relieve varias cosas. Las utopías han devenido en auténticos horrores y por eso ha caído sobre ellas un manto de prejuicios y prevenciones que son injustas, porque, en el fondo, necesitamos la utopía como motor de progreso. Muchos avances que ayer fueron utopías hoy son realidades, como la igualdad, el derecho al voto... sin utopías no existe el progreso, pero prometer paraísos también acaba mal. El 14 de abril fue una utopía necesaria. Por desgracia, acabó en distopía, aunque también acabó por un golpe de Estado después de años de enconos y con un enfrentamiento creciente. Todo es más complejo de lo que se suele subrayar. Pero renunciar a las utopías sería renunciar a la fe en el progreso y el futuro, y si nos roban el futuro poco nos queda.

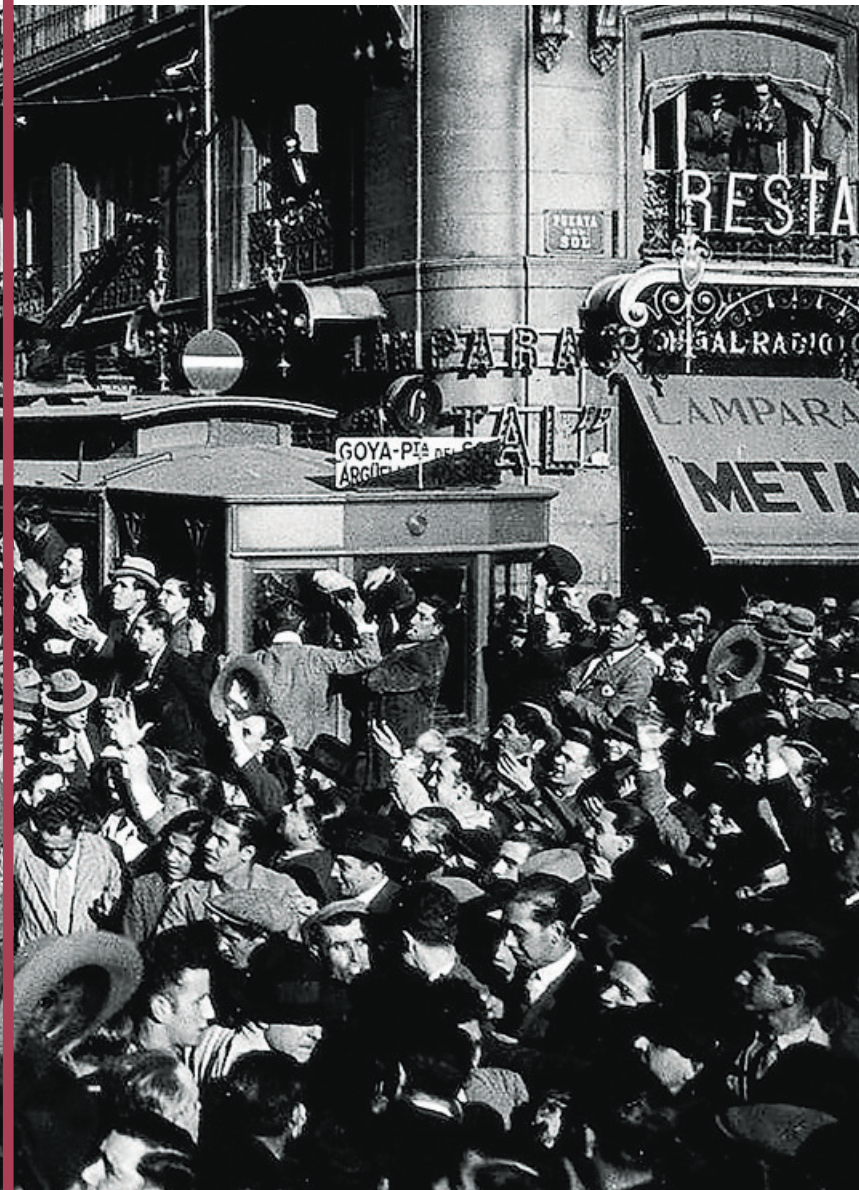
La Segunda República ilusionó y después decepcionó. Salvando las distancias, vivimos un proceso parecido en nuestra democracia.

Para que haya un desencanto tiene que haber una condición previa: una gran expectativa. Las expectativas generan desencantos, pero también es cierto que aquello que no despierta ilusión, no. La Transición y la Segunda República despertaron esperanzas. En ambos casos salíamos de una dictadura. El 14 de abril se convirtió en mito. Para mí es un riesgo acabar en la retrotopía. Situar en el pasado una utopía sería faltar al espíritu de transformación que abanderaba la República, que creía en un futuro mejor. Es necesario cultivar la memoria en la democracia, pero no puede ser el motor para mejorar el futuro. Existe el riesgo de ubicar en el pasado el mejor escenario posible, esa idealización en exceso nos aparta de lo que fue en realidad aquella jornada y nos separa de mirar el futuro.



«14 de abril»
Paco Cerdà
LIBROS DEL
ASTEROIDE
256 páginas,
18,95 euros

PIORTIZ



Romeo y Julieta resucitan para reivindicar el amor a los 80 años

Ana Belén y José Luis Gómez estrenan la versión añeja del clásico shakesperiano

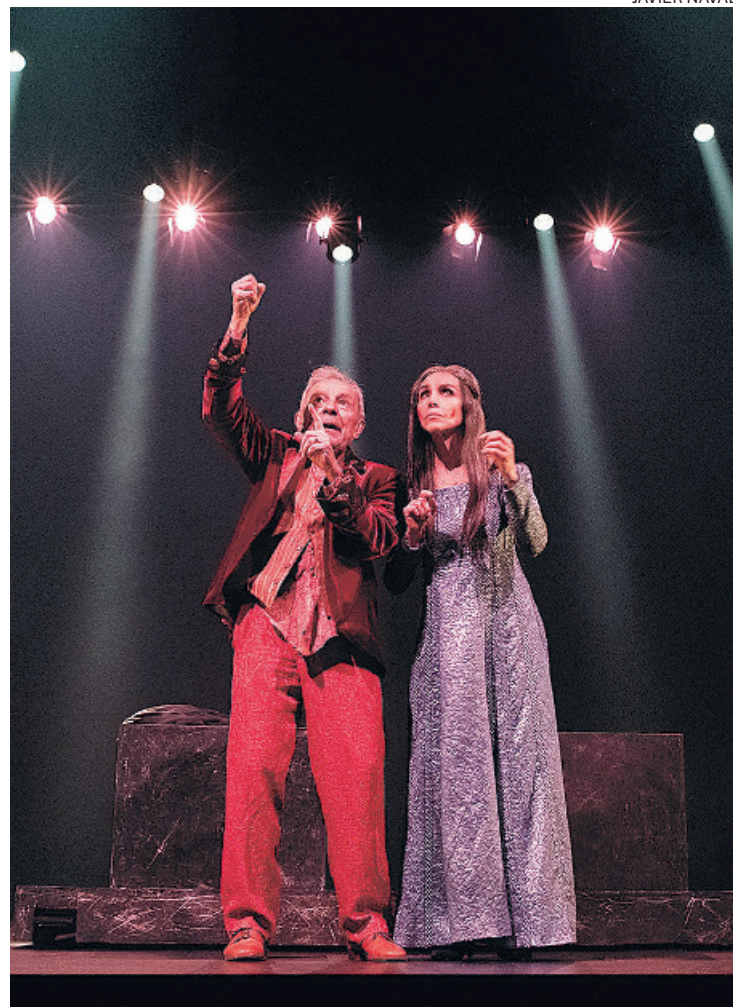
J. Herrero. MADRID

Romeo y Julieta se despiertan juntos después de un largo sueño, pero no se reconocen. Resulta que no fueron envenenados, simplemente durmieron durante décadas. Al abrir los ojos, ella solo ve a un señor ochentón, y él, a una dama muy bien conservada. Todavía se creen un par de adolescentes. Julieta piensa que solo durmió un par de instantes y espera ansiosamente a su eterno amado. Romeo, en cambio, no se acuerda de nada. «Y así, lo que siempre creímos que era el final de la tragedia es el comienzo de la verdadera historia de los amantes más famosos del mundo», presenta el equipo de este «Romeo y Julieta despiertan...» capitaneado por Rafael Sánchez y Eberhard Petschinka, director y autor de la pieza, respectivamente.

El primero se pregunta «por qué volver a contar por enésima vez la tragedia, qué es lo que hoy en día todavía nos remueve». Hasta este montaje, cuentan, el interés únicamente se debía a la historia de amor entre dos adolescentes. La juventud como poderoso vehículo para vender emociones, «y no solo emociones», precisa Sánchez: «Nuestro sistema capitalista no sería tan eficaz si no supiese vendernos también toda clase de productos para sentirnos más atractivos y jóvenes».

¿Cuándo se acaba la pasión?

Pero, ¿por qué el amor apasionado solo está reservado para la juventud? ¿Quién o qué nos prohíbe vivir nuestras emociones más allá de los 50?, se continúa cuestionando el tándem austro-suízo que ya visitó España en 2018 con la adaptación de «Tiempo de silencio», de Luis Martín-Santos, al teatro. En aquella Abadía todavía estaba José Luis Gómez al frente, y de esa colaboración nació esta versión extendida de Shakespeare que vuelve



José Luis Gómez y Ana Belén, en la piel de Romeo y Julieta

La artista defiende que para comprender a los personajes se necesita «un poso de vida»

a enfrentar al actor y académico con un papel que ya interpretó en el pasado (y que será sustituido por Jesús Noguero en la última semana por «motivos de agenda», justifica).

Ana Belén y Gómez son Julieta y Romeo, presenta el director, «a veces se trata de los jóvenes enamorados y a veces de los carismáticos artistas que son en la vida real». A sulado, y también sobre el escenario, una banda de músicos y actores los acompañan por sí a la artista «le hace falta una canción para explicarnos algo que solo se entiende a través de la música o por sí a José Luis le hace falta un caballero para enfrentarse a un duelo a vida o muerte», explica Rafael Sánchez.

Vuelven los dos intérpretes a coincidir sobre las tablas con un Shakespeare después del «Hamlet» que protagonizaron a finales de los 80 y bajo el mando de José Carlos Plaza. Ha pasado mucho desde entonces y Ana Belén no oculta la realidad: «Nos veo más mayores», sonríe. Para la actriz, la obra de Petschinka trata de entender la «profundidad de los personajes de la obra de Shakespeare. No estoy reivindicando que desde nuestra edad hagamos a Romeo y Julieta de jovencitos, pero sí que es difícil entender el fondo de los personajes siendo jóvenes. Se necesita un poso de vida». Sin embargo, su afirmación es la antesala del elogio a las nuevas generaciones teatrales: «Afortunadamente, están mucho más preparadas que antes. Cualquier joven que esté estudiando teatro en este momento sabe más de lo que sabía yo cuando comencé».

DÓNDE: Teatro Español, Madrid.
CUÁNDO: desde mañana al 4 de junio. **CUÁNTO:** de 6 a 22 euros.